

## CAPÍTULO I

Desde la ventana de la habitación las palmeras, cimbreantes sus troncos, dejan ver a intervalos cortos un intenso mar azul sólo interrumpido por la blanca espuma de sus acompasadas olas.

Los edificios asomados, de paredes blancas, recuerdan los tiempos coloniales, tiempos de prosperidad y convulsión.

Los salones de la mansión están encalados, con desperfectos y ronchones causados por el tiempo.

Los ventiladores giran adormilados, como cansados por el calor. El señor César, vestido con camisa blanca y corbata negra, da órdenes a los criados, advirtiéndoles de una visita que llegará al mediodía.

Los años pasados en aquel remoto lugar del mundo han comenzado a hacer su efecto y unas tímidas canas asoman en sus sienes. Es joven, pero la vida no ha sido fácil. Son tiempos complicados y los asuntos diplomáticos exigen mucha atención. A pesar de todo, su carácter afable siempre hace asomar a su cara una sonrisa.

La señora de la casa, nerviosa, da vueltas ordenando los platos que constituirán el almuerzo, indicando a los criados el orden en que deben servirse. No en vano se trata del embajador de Cispania en la República Sabadiana y del ministro para los Asuntos Externos con sus respectivas esposas. Y un honor así no se tiene todos los días.

La vajilla elegida, después de mucho pensar, será la blanca con dibujos azules heredada de la familia de la bisabuela. El largo transporte hasta allí ha dejado en ella algunas huellas. Hay algún plato desconchado y tazas con las asas rotas.

Jasmine se ha puesto el vestido de cuadros con su sombrerito rosa. La niña tiene una personalidad que llama la atención, porque todavía no ha cumplido los cinco años pero ya sabe lo que quiere. Va y viene esperando el momento de preguntar a su madre: «¿Verdad, mami, que el agua de lluvia hará crecer mi cabello?». Y es que en cualquier momento puede caer un chaparrón aunque no es época de aguaceros. La niña lo sabe muy bien.

Como no encuentra respuesta, coge su muñeca y la lleva arrastrando por el suelo hasta la habitación contigua.

El saxofonista negro, que ya ha actuado en otras ocasiones, ensaya. Va vestido con sombrero, chaleco y camisa oscuros que resaltan aún más su negritud. La música corre por las venas de aquel pueblo que, obligado a sufrir, la siente como la misma sangre.

María Josefina, la esposa del señor César, como anfitriona no tiene parangón. Estrena vestido, la ocasión lo merece. Así de atildada parece aún más pequeña. Se mueve con rapidez y nerviosismo, como si la visita le produjera una especial inquietud.

Su rizado cabello cae en tirabuzones rubios sobre sus hombros, dando la sensación de que éstos no pudieran soportarlos. Mira a su alrededor inspeccionando todo con sus enormes ojos verdes, algo desproporcionados en relación a su hechura.

Con sus manos pequeñas y delicadas ayuda al servicio. Son las mismas que con ternura abrazan a su hija.

Doña Consorcia le decía siempre que tenía dedos de pianista. Sin embargo, María Josefina tiene una personalidad y voluntad firmes. Podría decirse de ella que es testaruda como su padre.

Un olor a yuca, plátano y carne invade la atmósfera y hace de la casona un hogar.

Los empleados del cuerpo diplomático tienen servicio, y en casa de los Villanueva está formado por un ama de llaves llegada de una aldea cercana a la finca y cuatro criadas más. Una de ellas, Leila, está destinada al cuidado personal de la esposa del funcionario y de su hija. Se la cedió su suegro cuando supo que iba a ser madre y nunca se ha separado de ella. Es su más fiel compañera.

Cada mañana ayuda a las dos mujeres de la casa en el baño, el peinado del cabello y la ropa.

La que más manda se llama Hermila. Está un poco entrada en carnes pero es joven y su piel oscura es tersa. No puede decirse que sea hermosa pero tiene la lozanía de la juventud.

La señora tiene celos porque sus movimientos son desinhibidos; tiene una frescura que a ella le falta. Además goza de la confianza del señor a pesar de haber llegado a la casa hace poco tiempo.

María Josefina fue educada en una familia conservadora de una pequeña ciudad cispaniense, Villar de las Peras, a donde se trasladaron sus padres después de su casamiento.

Aquella sociedad provinciana asfixiaba a las niñas con prohibiciones y buenas dosis de hipocresía. Las mujeres debían comportarse con discreción, no levantar nunca la voz, pasar desapercibidas, no reír a carcajadas...

Ella ha procurado no hacer lo mismo con su hija, que está creciendo más libre también por la influencia de la sociedad sabadiense impregnada de tropicalidad.

Sus padres, burguesitos educados, tenían más prejuicios que los señores de rancio abolengo del lugar. No siendo adinerados de cuna, habían llegado a formar parte de la élite local a partir de su debut en el mercado de las conservas.

Consortia Padilla nació en la escuela de Quintanilla de la Colina. Ya es sabido que los maestros no solían ser precisamente ricos pero, a cambio, gozaban de la posibilidad de enseñar a leer y escribir a los suyos. Así, la niña pronto fue capaz de hacer cuentas, sabía dónde estaba su pueblo y su país en el mapa y recitaba las tablas de multiplicar en voz alta por los pasillos de la modesta casa.

Su madre había tenido once partos de los cuales sólo le vivieron ocho niños. Consortia era la mayor. Eso marcó su infancia porque los cuidados de sus hermanos quedaron siempre a su cargo cuando la mamá enfermaba. Por esta razón creció en la responsabilidad y la abnegación.

Cuando Luis Padilla la conoció era una joven de tez muy blanca, ojos negros y boca bien dibujada. Su cabello era oscuro y los rizos le caían en bucle en torno a sus sienes. Tenía una belleza fina, como se decía en el pueblo. Había quien la llamaba la Virgen María por su rostro angelical.

Muchos fueron los que la pretendieron pero a todos les dio largas. Sin embargo, la primera vez que vio a Luis se enamoró de él.

El padre, don Amancio Padilla, era un agricultor modesto. Cultivaba para comer. Lo poco que le sobraba lo vendía a las familias de Quintanilla. En una visita de aquéllas su hijo conoció a Consortia y quedó prendado de ella al instante.

El joven Padilla también había ido a la escuela. Era un chico despejado, capaz de llevar adelante cualquier proyecto que se propusiera con trabajo y tesón.

Tres meses después la boda estaba en marcha. Fue sencilla, porque los posibles de las familias no eran muchos. Consorcia llevaba un lindo vestido de tul con un precioso velo que tapaba su rostro. En la mano, un ramillete de azahar de un blanco immaculado. ¡Verdaderamente parecía Nuestra Señora en las pinturas de Murillo!

Después de casados, don Luis Padilla tenía el firme propósito de mejorar su condición y darle a su esposa todo aquello que merecía. Más aún cuando recibió la maravillosa noticia de que iba a ser padre.

Nueve meses más tarde, ni más ni menos, nació María Josefina que vino al mundo fácilmente para alegría de sus progenitores.

Ese fue el acicate definitivo para arrancar con un negocio, hasta entonces no conocido, de verduras enlatadas. Por novedoso, fue un rotundo éxito desde el primer día.

Don Luis sabía que asumía un gran riesgo al cambiar el modo de vida que el padre le había enseñado en el campo, pero fue valiente y lo llevó adelante con energía y convencimiento.